

SERMONES ACTUALES

52

mensajes para un año



editorial clie

ANTONIO CRUZ

EDITORIAL CLIE

M.C.E. Horeb, E.R. n.º 2.910-SE/A

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

SERMONES ACTUALES

52 mensajes para un año

Copyright © 2008 Antonio Cruz Suárez

Copyright © 2008 Editorial CLIE

ISBN: 978-84-8267-540-4

Printed in Colombia

Clasifíquese:

0332 SERMONES GENERALES

CTC: 01-04-0332-10

Referencia: 224670

_Índice

_Introducción	5
_1. La obra de la Creación (Gn. 1:1; 2:3)	9
_2. Un jardín en medio de la estepa (Gn. 2: 4-6,15)	17
_3. El problema del mal (Gn. 2: 9)	25
_4. Dos árboles extraños (Gn. 2: 9, 16-17)	33
_5. ¿Dónde está tu hermano? (Gn. 4 : 9-10)	41
_6. La desnudez del padre (Gn. 9: 18-23)	49
_7. Vocación de viajero (Gn. 12: 1-9)	55
_8. La risa de Sara (Gn. 18: 13-14)	61
_9. La envidia (Gn. 37: 1-36)	69
_10. Los Diez Mandamientos (Ex. 20: 3-17)	75
_11. La bendición sacerdotal (Nm. 6: 24-26)	83
_12. Anchura de corazón (1 R. 4: 29)	91
_13. Religión y búsqueda de sentido (Job 14:14)	97
_14. Dios sonrío (Sal. 2: 4)	105
_15. La revelación natural y la bíblica (Sal. 19)	111
_16. El Dios personal (Sal. 139)	119
_17. Fidelidad conyugal (Pr. 5: 15-21)	125
_18. Matrimonio y <i>Biblia</i> (Pr. 18: 22)	131
_19. ¿Cómo instruir al niño? (Pr. 22: 6)	137
_20. Cántico de bodas (Cnt. 8: 5-7)	145
_21. El ángel del Señor (Mt. 1: 18-25)	151
_22. El magnetismo personal de Jesús (Mt. 4: 12-25)	159
_23. Entrada triunfal en Jerusalén (Mt. 21: 1-11)	167
_24. De la ira a la violencia (Mt. 26: 52)	173
_25. El grito escandaloso (Mt. 27: 41-50)	179
_26. Dios no es cobrador de impuestos (Mr. 2: 14-17)	185

_27. Espigas arrancadas (Mr. 2: 23-28)	193
_28. El secreto de Jesús (Mr. 3: 11-12)	199
_29. El cristiano y los bienes materiales (Mr. 10: 24)	205
_30. El bautismo cristiano (Mr. 16: 15-16)	213
_31. La transfiguración de Jesús (Lc. 9: 28-36)	219
_32. Análisis del hombre contemporáneo (Lc. 10: 21)	227
_33. El Verbo se hizo carne (Jn. 1: 1-4)	233
_34. "Yo soy, el que habla contigo" (Jn. 4: 25-26)	239
_35. El pan es la vida (Jn. 6: 33-35)	245
_36. La luz del mundo (Jn. 8: 12)	251
_37. Jesús, el Hijo de Dios (Jn. 10: 36)	257
_38. El camino, la verdad y la vida (Jn. 14: 5-6)	263
_39. Orar es conectarse a la vid (Jn. 15: 1-2)	269
_40. El bautismo del ministro de Economía (Hch. 8: 36-37)	275
_41. La verdadera libertad (Ro. 6: 22-23)	281
_42. La esperanza cristiana (Ro. 8: 24-26)	287
_43. La pluralidad en la Iglesia (1 Co. 1: 10)	293
_44. El cuerpo como templo (1 Co. 6: 19-20)	299
_45. ¿Qué es la Iglesia? (1 Co. 12: 12-27)	307
_46. La resurrección de Jesús: un hecho en la Historia (1 Co. 15: 3-4, 14)	315
_47. Barreras a la oración (Ef. 6: 18)	323
_48. Hedonismo o búsqueda del placer (Tit. 3: 1-5)	331
_49. La espiritualidad mal entendida (Stg. 1: 27)	339
_50. Conocer a Dios (1 Jn. 4: 1-2)	347
_51. La letra mata (1 Co. 3:5-6)	353
_52. El Dios de la Navidad (Jn 1:9-12)	361
_Bibliografía	367
_Índice Analítico	371

_Introducción

Una parte importante del mandamiento dado por Jesús, acerca de predicar el Evangelio a toda criatura, la constituye la homilía que se realiza desde el púlpito cristiano. De ella depende en buena medida el crecimiento espiritual de los creyentes, así como la extensión del reino de Dios en la Tierra. Se trata, por tanto, de algo prioritario en la vida de la Iglesia.

Sin embargo, el trabajo del predicador no está exento de dificultades. En ocasiones, el ministro no se siente suficientemente preparado para realizarlo; ya sea por desconocimiento del verdadero sentido del texto bíblico; por no saber bien la técnica de comunicación que necesita su comunidad; por carecer de las ayudas suficientes para preparar adecuadamente el mensaje, por el escaso tiempo disponible o, simplemente, porque está cansado y algo desanimado ante la aparente falta de resultado de sus predicaciones.

Hay congregaciones en las que se detecta poco interés por los temas tratados en el púlpito o por el modo en que éstos son expuestos; otras se quejan de la falta de preparación bíblica del pastor. A veces, a éste le resulta difícil encontrar el lenguaje apropiado y la proporción adecuada para ofrecer, en los pocos minutos que dura la predicación, todo lo que desea decir o aquello que la asamblea requiere.

Estas dificultades, y otras más que pudieran darse, no tienen por qué desmoralizar al predicador. Es necesario recordar que al propio Señor Jesucristo estuvieron a punto de despeñarlo por un barranco la primera vez que predicó en su pueblo de Nazaret. Incluso al apóstol Pablo se le durmió un joven en su famosa plática de Tróade. Esto significa que muchos grandes predicadores han experimentado la oposición, o la apatía del pueblo, ante alguno de sus mensajes.

El buen predicador no nace, sino que se hace a fuerza de estudio, meditación y ejercitación en el púlpito. Cuanto más se predica, mejor suele hacerse. Pero lo más importante es ser conscientes de que Dios habla a la comunidad cristiana a través del ministro de culto y, por medio de él, provoca una respuesta de fe en la Iglesia. Por tanto, cada predicador es un colaborador de Dios. De ahí la necesidad de ser fieles a la *Escritura*, para saber lo que realmente Dios ha dicho.

El predicador que desea ser obediente a la palabra divina debe conocer y estudiar continuamente la *Biblia*; intentar comprender la intención de cada pasaje para explicarlo correctamente a la congregación; no olvidar nunca la dimensión evangelizadora; y, sobre todo, descubrir lo que dice “hoy” la palabra, cómo se aplica a la realidad cotidiana de sus oyentes. Este último es el verdadero compromiso profético que cada ministro tiene con su congregación.

Pero igual que debe conocer la palabra y su intención, debe también sintonizar con la sensibilidad de quienes le escuchan. Cada comunidad evangélica posee sus propias circunstancias, que pueden variar con el tiempo. La mentalidad, la cultura, las inquietudes, los problemas, los prejuicios, las necesidades, etc., cambian de una iglesia a otra, ¡cuánto más de un país a otro! Todo esto debe tenerlo presente el predicador que desee ofrecer buenos mensajes a su iglesia y provocar una actitud de respuesta ante la invitación de la palabra. Pero empezando siempre por el propio predicador, que es, sin duda, el primero al que la predicación se dirige.

Asimismo, la actitud espiritual del ministro de culto es fundamental. El que predica debe hacerlo desde dentro de la congregación, no desde fuera, ni desde arriba. Tiene que asumir que es un hermano con el precioso ministerio de impartir la palabra al resto de la comunidad, para que la entiendan. Predicar desde dentro es amar a la Iglesia, pertenecer a ella y no sentirse superior. Hay que conocer a todos los miembros a quienes se habla, estar al corriente de sus problemas y necesidades, vivir unido a ellos y no predicarles desde la distancia o con ironía. El predicador no debe actuar como un profesor, sino como otro oyente más de la misma palabra que predica. Si ésta no ha calado previamente en su alma, difícilmente llegará a la de sus hermanos.

Más que pensar: “¿qué les predico el domingo próximo?”, hay que preguntarse: “¿qué nos puede decir la palabra el próximo domingo?”. El pastor no es un vidente o un visionario, sino un testigo de Cristo que debiera emplear más el “nosotros” que el “vosotros”. Tenemos que predicar con alegría, a pesar de las dificultades propias de este ministerio. El buen profeta de la palabra debe superar las situaciones que le producen desánimo para transmitir un mensaje de confianza y esperanza a la iglesia. Pero sólo se puede hablar con alegría, cuando se está plenamente convencido de transmitir la buena noticia de Jesucristo. Y tal convencimiento es algo que el oyente debe notar en todo predicador. No se trata

de quejarse siempre de lo mal que va el mundo, sino de proclamar esa salvación que viene de Dios y se ha encarnado en la persona de Jesús.

El encuentro con la palabra divina se realiza a través del estudio bíblico personal, la oración privada y la propia predicación desde el púlpito. Para realizar bien estas tres tareas se requiere del tiempo suficiente de concentración, mediante la ayuda de buena bibliografía pastoral. También es necesario, antes de hablar “de” Dios, hablar “con” Dios, para que sea él quien ilumine nuestro mensaje. Y, finalmente, permitirle al Espíritu Santo que, en el mismo instante de la predicación, hable a nuestra mente y haga que nuestras palabras resuenen primero dentro de nosotros mismos, antes de llegar a nuestros hermanos que escuchan.

El lenguaje debe ser claro pero no vulgar. El ser humano de hoy, que no ha tenido una formación religiosa adecuada, no suele estar acostumbrado a oír términos como “redención, justificación, salvación, guerra espiritual, lucha contra Satanás, escatología, parusía, milenio, comunión”, etc. Sin embargo, sí que entenderá con mayor facilidad conceptos más actuales: “solidaridad, amor a la vida, anhelo de justicia, deseos de paz, búsqueda de la libertad, el Dios personal o cercano, el servicio a los demás”, y otros por el estilo. Todo predicador debe procurar sintonizar con su congregación pero de una manera digna, sin demostraciones de erudición arrogante, alejamiento de la realidad, búsqueda continua de la risa o la lágrima fácil, lenguaje ordinario o grosero, excesivo detallismo anecdótico, un tono frío y aséptico, abuso del subjetivismo emocional, etc. El buen sermón debe alejarse de tales defectos para buscar un equilibrio temático y una adecuada forma de exposición.

Por supuesto que lo más importante será siempre el núcleo del mensaje, aquello que se comunica, pero también es primordial cómo se comunica, para que llegue a la gente y la persuada de creer o de cambiar de actitud. Para ello hay que aprender a contar, narrar, sugerir imágenes, saber intercalar las frases cortas y tajantes entre la exposición más profunda, resumir y destacar las ideas principales con mayor viveza o utilizar los contrastes, las comparaciones, las paradojas y los símbolos. En una palabra, intentar predicar como lo hacía Cristo porque él será siempre nuestro mejor maestro.

El presente libro está constituido por una cincuentena de sermones, muchos de los cuales de carácter apologético, que han sido predicados

por el autor, durante la última década, en iglesias evangélicas de España. El propósito fundamental de su publicación es ayudar al predicador en su importante ministerio de llevar el Evangelio al ser humano que vive en plena era de la globalización; contribuir a la renovación de la Iglesia por medio de la inculturación actual de su mensaje y servir de referencia e inspiración a la hora de crear nuevos sermones o como base a partir de la cual poder modificarlos, cambiarlos, intercalarlos y adecuarlos a cada comunidad eclesial.

El estilo literario de la obra refleja necesariamente las características propias del lenguaje hablado: abundancia de frases cortas e incisivas, exclamaciones, interrogantes, admiraciones, conversaciones breves, anécdotas, etc. Cada una de estas cincuenta y dos predicaciones u homilias -veinte de las cuales están basadas en textos del *Antiguo Testamento* y el resto en el *Nuevo*- viene precedida por su correspondiente esquema, en el que se resaltan los puntos principales. Se incluye la lista bibliográfica que, además de la *Biblia*, ha servido de inspiración.

Por último, quiero agradecer a mi esposa Ana su valioso trabajo en la redacción del libro, así como sus certeros consejos y sus críticas siempre constructivas. Nuestro deseo es que esta obra pueda ser usada como eficaz herramienta en manos de todos aquellos que la requieran, en especial, de los ministros de culto del pueblo de Dios. ¡A él sea siempre toda la Gloria!

Dr. Antonio Cruz
Barcelona, diciembre de 2006.

01 _La obra de la Creación

En el principio creó Dios los cielos y la tierra...

Gn. 1:1.

*Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque
en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.*

Gn. 2:3.

ESQUEMA

1. Lo que no es el relato bíblico de la Creación:
 - 1.1. No es un relato histórico.
 - 1.2. Tampoco es ciencia.
 - 1.3. Si no es historia ni ciencia, ¿es acaso un mito?
2. Un relato singular en medio de cosmogonías mitológicas:
 - 2.1. La religión sumeria.
 - 2.2. La religión babilónica.
 - 2.3. La religión cananea.
 - 2.4. La religión egipcia.
 - 2.5. La cultura griega.
3. ¿Qué enseña el relato bíblico de la Creación?
 - 3.1. Dios es anterior a la materia.
 - 3.2. Dios existe antes del tiempo.
 - 3.3. Dios funda la Historia.
 - 3.4. ¿A qué se opone el relato de la Creación?

- 3.5. Los grandes monstruos marinos.
 - 3.6. El Sol y la Luna.
 - 3.7. Los dioses mitológicos eran locales.
 - 3.8. Los ritos anuales no tienen sentido.
 - 3.9. Dignidad del ser humano.
4. El relato de los orígenes en el mundo de hoy.

CONTENIDO

Cuando el hombre de nuestra época abre la primera página de la *Biblia* y lee el relato de la Creación, ¿qué cuestiones vienen a su mente? ¿Cómo lo interpreta? ¿Qué se puede creer hoy, en la era de la ingeniería genética, de *Internet* y los satélites artificiales, acerca de la explicación del origen del mundo que presenta el *Antiguo Testamento*? La filosofía de los orígenes que se desprende de la *Escritura*, ¿sigue siendo una opción válida para los seres humanos del tercer milenio? ¿Se trata de una enseñanza intelectualmente aceptable desde la actual concepción científica del universo o bien hay que entender estos versículos como un mito, una leyenda imaginaria que habría que colocar en el archivo de los textos no revelados? Y, en cualquier caso, ¿cuál es su carácter? ¿Con qué propósito fue escrito? Son muchas preguntas para responder en tan breve espacio. Sin embargo, para empezar, veamos aquello que no es este relato bíblico de los orígenes.

1. Lo que no es el relato bíblico de la Creación:

1.1. No es un relato histórico.

Es imposible que sea historia, puesto que no había ningún ser humano que pudiera observar y relatar después los acontecimientos que se mencionan. El autor del capítulo primero del *Génesis* no vio, evidentemente, lo que está narrando, sino que elaboró un hecho a partir de dos fuentes principales: la revelación histórica dada a Israel y su propia reflexión personal. Se trata, por tanto, de un relato prehistórico. En este sentido, podría decirse que es prehistoria bíblica.

1.2. Tampoco es ciencia.

La *Biblia* es un libro de religión, es un memorándum teológico y no un manual de ciencias naturales. La ciencia es siempre incompleta, provisional y continuamente está cambiando. Lo que en ciencia hoy es cierto, mañana, podemos descubrir que no lo era. La ciencia sólo puede estudiar los fenómenos generales que se repiten. No es capaz de decir gran cosa sobre aquellos otros que ocurren una sola vez, como es el hecho de la Creación, esto es algo que escapa a su método. Para hacer ciencia es menester que el investigador sea testigo de lo que estudia. Por tanto, pretender “casar” el relato bíblico con la ciencia de una determinada época supone estar dispuesto a solicitar el “divorcio” para la época siguiente. La *Biblia* pretende “formar”, no tanto “informar”, y por eso va mucho más allá de la ciencia y de la historia.

1.3. Si no es historia ni ciencia, ¿es acaso un mito?

Tampoco es un mito. Es verdad que muchos teólogos creen ver en el relato de la Creación influencias de los antiguos mitos paganos de los sumerios y babilonios, sin embargo, cuando se comparan tales mitos con el relato del libro del *Génesis*, la diferencia es abismal.

2. Un relato singular en medio de cosmogonías mitológicas.

El pueblo hebreo vivía rodeado por civilizaciones más antiguas e incluso más prestigiosas a nivel material, cultural, técnico, militar, arquitectónico, etc. Recordemos que se trataba de grandes civilizaciones, como la sumeria o la egipcia, de las que aún hoy podemos observar la grandiosidad de sus construcciones arquitectónicas y estudiar sus preciosos objetos de arte en los grandes museos del mundo. Sin embargo, el nivel cultural no se corresponde siempre con el nivel religioso, moral o espiritual. Veamos algunos de los ejemplos más conocidos.

2.1. La religión sumeria estaba plagada de mitos burdos y pueriles. Uno de tales mitos afirmaba que el hombre había sido creado a partir de la sangre de los dioses y para el servicio de los mismos. La *Epopéya de Atrahasis*, una de las más antiguas de la humanidad, afirma lo siguiente:

Eres tú, oh Genitora, quien de la humanidad serás la creadora. Crea al ser humano, para que soporte el yugo de la tarea impuesta por Enlil, para que el hombre garantice el duro trabajo de los dioses (Versos 10, 195).

2.2. La religión babilónica, por su parte, no era tan rica en mitos como la sumeria pero también explica, en el *Poema de la Creación*, como el dios Marduk decidió crear al hombre para el servicio de los dioses. El *Poema de Gilgamesh* habla de este rey semi-dió, hijo de un hombre y de la diosa Ninsum, presentándolo como un tirano que violaba mujeres y sometía a los hombres a duros trabajos.

2.3. La religión cananea posee el *mito de Ugarit*, donde se explica cómo el dios Baal triunfó sobre el caos acuático y formó el mundo, después de luchar contra otro dios usurpador que le había arrebatado el trono a su padre.

2.4. La religión egipcia conoció también varios mitos referentes a la creación del ser humano. En uno de ellos, se dice que los hombres nacieron precisamente de las lágrimas del dios Ra. Es, una vez más, la concepción del origen humano como producto del sufrimiento de los dioses.

2.5. En la cultura griega, tanto Homero como Hesíodo, atribuyen a sus dioses muchos defectos humanos, tales como el robo, la envidia, el adulterio y el engaño. Se trata siempre de dioses creados a imagen del hombre.

¡Qué distinto es el relato bíblico! ¡Qué diferente desde el punto de vista moral! Según el *Génesis* bíblico, el ser humano es creado a imagen de Dios, y no a partir de unos dioses inventados a imagen del hombre. Los antiguos hebreos vivían rodeados de paganismo y politeísmo por todas partes. Eran como una isla en medio de un mar de inmoralidad y superstición. Por eso necesitaban un relato simple, comprensible y que no falseara la realidad; un texto que sirviera para desmitificar el origen del mundo y del ser humano. En este sentido puede afirmarse que el relato bíblico de la Creación no es ningún mito, sino todo lo contrario: un verdadero *anti-mito* porque pretende desmitificar el origen del hombre.

3. ¿Qué enseña el relato bíblico de la Creación?

El relato bíblico de la Creación es un rechazo radical a todas las mitologías de la época, en el que se dice que el mundo no se formó por sí solo sino que hubo una causa primera. El Dios Creador es el único que actúa y no necesita a nadie para crear. Del texto se desprenden las siguientes enseñanzas:

3.1. Dios es anterior a la materia.

No hay materia eterna o preexistente. El universo y la vida no han emanado de Dios, como pretendían las religiones míticas y panteístas de otros pueblos. Las criaturas no son de su misma esencia, no le son consustanciales, sino que fueron creadas como seres independientes del Creador. Dios crea a partir de la nada, como también Israel había surgido de la nada. Dios es el “otro” que crea porque quiere crear y no porque tenga necesidad del ser humano.

3.2. Dios existe antes del tiempo.

El paso del tiempo sólo afecta a las criaturas, no al Creador. Dios escapa a nuestros relojes y a nuestras estructuras temporales.

3.3. Dios funda la Historia.

A partir de la creación comienza la humanidad y Dios da al hombre un marco temporal: la semana. Empieza el tiempo histórico. No hay aquí tiempo mítico o irreal como el de los mitos de los demás pueblos.

3.4. ¿A qué se opone el relato de la Creación?

El relato bíblico de la Creación se opone al ateísmo, pues proclama la existencia de Dios; al panteísmo, pues afirma la separación del Creador y del mundo, y al materialismo, pues revela que el ser humano es imagen de Dios y posee espiritualidad.

3.5. Los grandes monstruos marinos.

Las antiguas mitologías de los pueblos periféricos a Israel adoraban a los grandes monstruos marinos, por creer que habían dado origen al mundo. Sin embargo, en el relato bíblico, no son más que otra creación cualquiera de Dios (Gn. 1: 1, 21, 27). Para los cananeos los monstruos marinos representaban las siniestras potencias del caos, que se habían enfrentado en el principio al dios Baal, pero la *Biblia* enseña que todas las criaturas, incluso los grandes vertebrados marinos, salieron de las manos del Creador y eran buenas. En el reino de Dios puede haber rebeldes, pero no hay rivales.

3.6. El Sol y la Luna.

Aquellas divinidades astrales paganas, como el Sol, la Luna o las estrellas, así como los dioses del Océano, el Cielo o la Tierra, son desmitificados y reducidos en el relato bíblico a simples objetos creados.

3.7. Los dioses mitológicos eran locales.

Cada pueblo tenía sus dioses locales o nacionales, sin embargo, el Dios de la *Biblia* es universal y se muestra como Dios del Cosmos y de toda la humanidad. El Creador del *Génesis*, no es sólo el Padre de los judíos sino el Dios de todos los hombres.

3.8. Los ritos anuales no tienen sentido.

En los demás pueblos politeístas, los mitos se actualizaban cada año por medio de ritos. Aquello que se creía que había sucedido alguna vez, se repetía mediante representaciones rituales. Este era el sentido, por ejemplo, de la prostitución sagrada de sacerdotes y sacerdotisas para emular y conseguir la fecundidad de la tierra, los animales y las personas. Nada de esto se da en la *Biblia*.

3.9. Dignidad del ser humano.

El ser humano goza de un puesto privilegiado en la Creación: el hombre no ha sido creado para que se ocupe de las necesidades de los dioses o del cuidado de sus templos, sino para que gobierne al resto de la Creación. Pero el hombre no es sólo hombre. No es individuo solo, o varón solo. El ser humano es una dualidad: hombre-hembra, varón-mujer (Gn. 2: 23).

Ante las opiniones de aquellos que afirman que el *Génesis* es un mito procedente de otras mitologías de la antigüedad, nosotros creemos que es más bien al revés. La cosmogonía babilónica es una versión corrupta del relato bíblico revelado por Dios. La grandeza de este capítulo primero sólo se puede explicar si detrás de él está la mano de Dios, y su magestuosa inspiración divina.

4. El relato de los orígenes en el mundo de hoy.

En medio de un mundo como el antiguo, desprovisto de esperanza, en el que se pensaba que el ser humano había sido creado por el capricho de los dioses y para ser esclavo de los mismos, aparece el relato del *Génesis* para dar esperanza a las criaturas. El Dios de la *Biblia* no quiere esclavos, por eso decide crear al hombre con libertad. Adán y Eva son formados para ocupar un lugar privilegiado en la Creación: para “señorear y sojuzgar”, es decir, “para dominar sobre las demás criaturas”, pero siendo “imagen de Dios”, actuando como actuaría Dios. De manera que se anuncia libertad a todo aquel que se creía esclavo en un universo de dioses diabólicos.

¿Y los hombres y mujeres de hoy? ¿Somos libres? ¿No necesitamos ya un relato de liberación? ¿Acaso no continuamos todavía esclavizados en un universo de divinidades profanas? Muchas criaturas de nuestros días están convencidas de que el relato bíblico de la Creación es una leyenda mítica del pasado sin relevancia en el mundo de hoy, y así, creyendo que la *Biblia* miente, se la arranca de la vida y no se vive con arreglo a los principios y valores de la *Escritura*. El hombre actual se cree libre pero vive sin darse cuenta bajo otro tipo de esclavitudes diferentes. Cree que la libertad es poder hacer lo que se quiera o ir allí donde se desee. Y, ¿adónde se va? A los supermercados, a la playa, al fútbol o a los deportes de masas, de viaje a tierras lejanas buscando siempre experiencias exóticas, etc. Pero estas grandes aglomeraciones humanas ¿no están siendo también controladas y manipuladas por los intereses de los negocios y del consumo? ¿Somos, en realidad, tan libres como creemos?

El universo mitológico que esclaviza y aliena hoy en día al ser humano puede estar formado por motivos tan triviales como el bienestar, el consumo, el placer, el ocio, el activismo, el culto al cuerpo, el deporte, la política, la moda, la profesión, el dinero, la música, el sexo, la naturaleza, el esoterismo, las sectas, etc. Son como ídolos con pies de barro que beben la sangre humana y terminan, en muchos casos, por apagar la vida de las personas. Por eso, la humanidad sigue necesitando ser liberada, requiere saber que hay un Dios Creador soberano, que aún posee el control del universo, y que es también el Dios redentor de que nos habla la *Biblia*, que desea mantener una estrecha relación personal con cada criatura.

La fe en este Creador, que se revela en Jesucristo, es lo único que puede llenarnos de esperanza y liberarnos de nuestros propios ídolos personales para vivir una existencia auténticamente plena.

02_Un Jardín en medio de la Estepa

*Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados,
el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos,
y toda planta del campo antes que fuese en la tierra,
y toda hierba del campo antes que naciese;
porque Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra,
ni había hombre para que labrase la tierra,
sino que subía de la tierra un vapor,
el cual regaba toda la faz de la tierra...
tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén,
para que lo labrara y lo guardase.*
Gn. 2: 4-6,15.

ESQUEMA

1. ¿Existió realmente este jardín?
2. Vida nómada y vida sedentaria.
3. El trabajo no es castigo sino privilegio.
4. ¿Cuál debe ser la actitud del cristiano frente al trabajo?

CONTENIDO

El capítulo dos del *Génesis* presenta a Dios desde una perspectiva un tanto diferente a la del capítulo uno. Si, en el primero, Dios aparece

como el Creador y arquitecto del universo, como el Sumo Hacedor todopoderoso, omnisciente, pero, quizá, algo lejano; en el segundo capítulo, Jehová, o Yavé, se muestra como un Dios más personal e íntimo, más interesado por el ser humano.

El primer capítulo es una visión cosmocéntrica de Dios, centrada en el cosmos; mientras que el segundo ofrece una perspectiva antropocéntrica, es decir, centrada en el ser humano. Esto no quiere decir que haya contradicción entre ambos relatos, o que la enseñanza de uno se oponga a la del otro. Se trata del mismo acontecimiento, pero enfocado desde ópticas o énfasis distintos que sirven para enriquecer y complementar el texto revelado por Dios.

El Creador se nos presenta aquí con la imagen de un alfarero que moldea el barro con sus propias manos para formar al hombre, y sopla su aliento de vida en la misma nariz de aquella primera estatua, para convertirla en ser viviente. Inmediatamente, el ser humano es colocado en un medio ambiente adecuado, en un jardín, en un huerto plantado por el mismo Creador, en Edén, al oriente de Palestina.

1. ¿Existió realmente este jardín?

Podemos preguntarnos: ¿dónde estaba el paraíso? ¿En la tierra o en el cielo? ¿Se está hablando de un lugar geográfico concreto o de un símbolo espiritual?

La localización exacta de Edén ha dado lugar a numerosas discusiones a lo largo de la Historia. De los cuatro ríos que se mencionan en el texto, sólo es posible identificar hoy los dos últimos: Hidekel, que es el río Tigris, y el propio Eufrates (ambos en Mesopotamia). Sin embargo, la situación de los ríos Pisón y Gihón no ha podido todavía averiguarse. Esto ha dado pie a varias conjeturas acerca del lugar de Edén: Armenia, Arabia, Babilonia, etc. Pero en lo que se coincide es que, en efecto, aunque no se conozca el lugar exacto, el jardín de Edén tuvo un lugar geográfico próximo a los ríos que se identifican en la actualidad ya que el texto no da pie para entenderlo como mero símbolo.

2. Vida nómada y vida sedentaria.

El relato del *Génesis* considera el paraíso como un oasis en medio de la estepa. Edén significa precisamente “estepa”. Es el contraste entre

el terreno de regadío, trabajado por el hombre, repleto de toda clase de productos frutales, y el inhóspito territorio estepario, mísero, desértico, donde sólo se podía llevar una vida nómada o itinerante.

El capítulo dos resalta esta diferencia entre la vida sedentaria y la vida nómada. Entre vivir de una agricultura próspera y abundante, como la que florecía en Mesopotamia, o subsistir llevando una vida difícil de continuos viajes por el desierto.

Dios, coloca al primer hombre en un lugar excepcional, de abundantes aguas y frondosos árboles, en el huerto de Edén, pero, como consecuencia del pecado, el hombre y la mujer serán lanzados fuera “a la estepa”, es decir, al lugar que produce “espinos y cardos”, donde sólo hay “plantas silvestres” para comer, y es menester ganarse el pan con el sudor de la frente.

Según la concepción mesopotámica, la vida humana había evolucionado y había pasado desde la estepa (la vida nómada) a la vida sedentaria placentera y mucho más cómoda del huerto. Los textos sumerios suponían que el hombre había sufrido un lento proceso de hominización, desde el hombre-salvaje Enkidu, que vivía en la estepa con las fieras, como un animal más, hasta los refinamientos de la vida ciudadana, de la civilización agrícola y culta.

Sin embargo, la *Biblia* presenta el origen de la humanidad completamente al revés: primero el hombre vivió en un paradisíaco oasis regado y después fue expulsado a la dura vida esteparia, como castigo, por no haber querido reconocer sus propias limitaciones. El hombre es degradado desde una situación privilegiada de colono de Dios, en un oasis, a la de beduino en lucha constante por la supervivencia. Esto echa por tierra las teorías que afirman que el relato bíblico de la Creación es una copia o un plagio de la leyenda o la epopeya de *Gilgamesh*.

El mal físico, el mal moral, el dolor, el sufrimiento, la enfermedad y hasta la propia muerte, no entraban en los planes primitivos de Dios. Este es el mensaje que desea dejar bien claro el autor de *Génesis*. A saber: que el hombre pasa de un estado original de perfección e inocencia a otro de culpabilidad y deterioro físico y moral. La *Biblia* es contraria a los planteamientos de las religiones antiguas sumerias y babilónicas, pero también a la cosmovisión evolucionista del hombre contemporáneo.

La *Escritura* no concibe jamás a la persona humana como a ese ser que evoluciona desde un primate amoral, que descubre el fuego y,

poco a poco, ve como las neuronas de su cerebro se multiplican hasta generar la conciencia moral y hasta la espiritualidad, según afirma el jesuita Teilhard de Chardin. Por mucho que se esfuercen los teólogos evolucionistas, es imposible casar la *Biblia* con el origen evolutivo del ser humano. En todo caso, hay que forzar descaradamente el texto y sacarlo fuera de su contexto, para conseguirlo.

3. El trabajo no es castigo sino privilegio.

El versículo 15 dice: *Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase.*

La idea que a veces se tiene del paraíso (palabra desconocida en el *Antiguo Testamento*) es la de un lugar de felicidad y tranquilidad, en el que no hay nada que hacer, en el que se vive sin trabajar y libre de responsabilidades. Sin embargo, no es esta la idea del escritor bíblico. El trabajo y la responsabilidad del ser humano estaban ya presentes en el jardín de Edén, antes de la caída y de la expulsión.

La *Biblia* no concibe el trabajo como si fuera algo despreciable, como castigo o consecuencia del pecado, sino como una actividad humana por medio de la cual se puede adorar y servir al Creador. El trabajo es entendido como el destino del hombre, como un privilegio querido e instaurado por Dios ya en el mismo huerto de Edén.

Esta concepción bíblica del hombre y del trabajo es muy diferente de la que tenía el mundo griego. El ideal griego era el ocio, no el trabajo. El trabajo manual se consideraba como algo inferior y negativo, como “neg-ocio” o negación del ocio. El pensamiento griego era la cultura de una clase dominante que se había instalado sobre una población de esclavos, por eso no tenía necesidad de trabajar, ya que esto lo hacían sus sirvientes. El pueblo de Israel, sin embargo, fue esclavizado en Egipto y después en Babilonia. Aprendió a trabajar para otros porque su cultura fue siempre una cultura de oprimidos.

Después de estas experiencias negativas de los hebreos, la *Biblia* enseña que el sentido del trabajo no es la opresión, sino la liberación del hombre, es decir, su realización plena. El trabajo de los esclavos hebreos no es jamás un valor, sino una actividad alienante, aunque construyeran pirámides tan grandiosas como las que han llegado hasta hoy. Lo importante del trabajo, según la *Escritura*, no es lo que se hace, sino con qué finalidad se hace. Es el servicio al ser humano lo que sitúa

al trabajo en el plan de Dios. El trabajo que Él desea es el que libera al hombre, no el que le oprime. De las muchas aplicaciones que podrían sacarse de estos textos, nos centraremos sólo en una cuestión.

4. ¿Cuál debe ser la actitud del cristiano frente al trabajo?

Ya hemos visto que desde el punto de vista teológico no es sostenible una actitud que menosprecie el trabajo o que lo considere como un castigo divino. Sin embargo, hoy existen en nuestro mundo, algunas actitudes equivocadas con respecto a este asunto:

1) La idea de trabajo como maldición fomenta una vagancia endémica y secular: *Si el trabajo es salud, viva la enfermedad*, reza un refrán popular español. *Más quiero ser devorado por la herrumbre que morir consumido por un continuo movimiento*, frase célebre del ilustre escritor, genio de la literatura inglesa, William Shakespeare.

2) Ver el trabajo como mal necesario, es decir, como algo que sólo sirve para ganar dinero o para obtener bienes materiales y ocio.

3) Considerar el trabajo como una patología o como refugio, pero sin contenido, como vía de escape al vacío existencial, como un medio de encontrar sentido a nuestra vida. *El trabajo es nuestro mejor medio de escamotearnos a la vida*, dice Flaubert, el famoso novelista francés del siglo XIX.

Desde la perspectiva de la *Biblia* ninguna de estas actitudes es correcta. Los cristianos no debemos caer en ese desprecio por el trabajo manual que se observa en ciertos ambientes. No debemos dejarnos arrastrar por la corriente de elitismo del ocio que existe en nuestros días.

La *Escritura* concibe el trabajo como aquella actividad que perfecciona al que la realiza, supone un beneficio para la humanidad y no atenta contra el plan de Dios. Los creyentes estamos llamados a hacer nuestro trabajo tan bien como nos sea posible, porque el trabajo, cuando se hace así, puede convertirse en lugar de encuentro con Dios; en espacio de creatividad material, de desarrollo personal y de solidaridad con los compañeros y con los destinatarios del producto del trabajo. Para el cristiano, la actividad laboral puede y debe inscribirse en la historia de la salvación y en la construcción del reino de Dios en la Tierra. Realizar el trabajo con responsabilidad y diligencia, forma parte de nuestra adoración a Dios. Es, además, una forma excelente de dar testimonio, de manera práctica en medio del mundo.

Todo esto, por supuesto, no puede darse cuando sólo impera una visión productivista y consumista del trabajo, que únicamente persigue el beneficio económico y hace competitivas las relaciones humanas y contamina la naturaleza. Este sería el trabajo necio que fatiga y aliena. Como dice el autor del *Eclesiastés*: *El trabajo de los necios los fatiga* (10: 15). Sin embargo, los cristianos debemos procurar perseguir ese otro trabajo que realiza y produce satisfacción. La *Biblia* contiene bastantes textos que se refieren al trabajo manual:

-No hay cosa mejor que su alma se alegre en su trabajo. He visto que esto viene de la mano de Dios (Ec. 2: 24).

- Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios (Ex. 20: 9-10).

- Ocuparos en vuestros propios negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcaís honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada (1 Ts. 4: 11-12).

- Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos, entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan (2 Ts. 3: 10-13).

Parece que entre los tesalonicenses se daba esta tendencia, antes mencionada, de despreciar el trabajo manual, ya que Pablo escribe sobre el mismo tema en dos ocasiones. Los griegos veían el trabajo manual como algo degradante y propio de esclavos. El hombre libre no debía dedicarse a tales actividades, sino a filosofar, crear, gobernar o hacer política. Desgraciadamente esta visión negativa del trabajo pasó al mundo católico-romano afincado principalmente en la Europa meridional. La actividad manual era así interpretada como un castigo divino y, por tanto, considerada como algo degradante para el ser humano. No obstante, al norte de Europa, los países protestantes desarrollaron otra visión completamente distinta. El trabajo nunca se consideró como castigo sino como don divino, ya que Adán trabajó antes de la caída, al poner nombre a todos los animales. Según esta interpretación protestante, Dios concede a cada persona determinados talentos, para que ésta negocie con ellos y los desarrolle a lo largo de la vida.

Cuando se compara el desarrollo del mundo laboral entre la Europa del norte y la del sur, se hace evidente esta marcada diferencia. Las ideas protestantes arribaron a Norteamérica, mientras que el catolicismo colonizó el centro y sur de dicho continente, trasladando allí las mismas divergencias europeas.

En relación al trabajo manual, llama la atención el ejemplo del propio Señor Jesucristo que fue carpintero como su padre. El hecho de que pasara casi veinte años de su vida terrena trabajando como carpintero dice mucho acerca de cómo valoraba y dignificaba su profesión manual. Sería posible preguntarse: ¿cómo es que Jesús “perdió” tantos años de su vida trabajando manualmente, estando como estaba destinado a un ministerio tan sublime, especial y diferente?

Hacer de nuestra profesión, o de nuestro trabajo, un excelente testimonio para los demás sólo se puede lograr imitando a Jesucristo y siendo un auténtico discípulo suyo. El hombre y la mujer creados por Dios, fueron puestos en el jardín del Edén, para cuidarlo. El trabajo puede y debe inscribirse en la historia de la salvación y en la construcción del reino de Dios en la Tierra. Realizar el trabajo con responsabilidad y diligencia forma parte de nuestra adoración a Dios y de nuestro testimonio personal. Por tanto, debemos considerarlo como una actividad que nos perfecciona y realiza, como un lugar de creatividad material y desarrollo personal. Puede ser también una forma de expresar solidaridad con los compañeros y, sobre todo, con los destinatarios del producto de nuestro trabajo.

¡Quiera Dios que todos los creyentes llegemos a hacer de nuestra actividad laboral, un verdadero oasis en medio de la estepa!